

ELECCIONES MUNICIPALES Y EFECTOS PERVERSOS

Alfredo Joignant
Profesor Titular
Escuela de ciencia política
Universidad Diego Portales
www.alfredojoignant.cl

En poco más de un mes, tendrán lugar las esperadas elecciones municipales, de las que se temen tanto sus resultados como una participación sobre la que moros y cristianos especulan. Sobre esto último, el temor radica en una tasa de abstención que superaría el 50% de un electorado que se expandió en 5 millones de personas, lo que para algunos políticos y analistas pondría en entredicho la representatividad de los alcaldes y concejales electos. En cuanto a los resultados, son varias las métricas que compiten para decir quién ganó y perdió. Sin pretender agotar el inventario de las varas de medición de un mundo político que en estas ocasiones se vuelve singularmente creativo: porcentaje de votación a nivel de concejales; triunfos y derrotas en capitales regionales o en grandes comunas y ciudades; desempeño en municipios “emblemáticos” (vaya uno a saber cuáles son); número de alcaldes electos por cada coalición, y de modo más sofisticado distribución de las correlaciones de fuerzas al interior de cada lista (por ejemplo, PS/PDC versus PPD, PRSD y PC). Considerando lo que fueron las elecciones municipales de 2008, en donde la derecha triunfó en una gran cantidad de capitales regionales no obstante haber sido aplastada en concejales, parecen no haber dudas de que este último parámetro (ese que lleva a decir que es la dimensión más “política” de los comicios) importa bastante poco. No tengo dudas, por consiguiente, que es a nivel de alcaldes en ciudades tales como Santiago, Valparaíso y Concepción, sin contar el caso único de la comuna de Providencia, en donde se jugará la percepción política y social de triunfo o derrota, dígase lo que se diga acerca de las otras competencias locales cuyo significado se resiste a ser nacionalizado.

Si lo anterior parece evidente, entonces es claro que nos encaminamos a una victoria de la oposición tanto en alcaldes en varios municipios relevantes que se encuentran en manos de la derecha, como naturalmente en concejales. Después de todo, difícilmente la Concertación (esa parte de la oposición sin la cual no habría alternativa relevante) podría empeorar su desempeño de 2008. Esto es lo que se refleja en varias encuestas cuyo valor metodológico es desconocido, pero que por razones que no se entienden muy bien son publicadas por los dos principales medios de prensa escrita, lo que a su vez se traduce en comentarios de pasillo entre políticos de todo el espectro, pero también en la alerta del alcalde saliente de Puente Alto José Manuel Ossandón (RN) que pocos en su sector quieren escuchar y muchos acallar.

Nadie repara, sin embargo, en el valor más o menos legitimador de una participación electoral que debiese ser más bien exigua (pero en cualquier caso superior a los niveles de votación del 2008 si los medimos sobre lo que era en

aquel entonces la población en edad de votar), aunque no podemos dimensionarla de modo definitivo a través de las encuestas conocidas. En tal sentido, conviene subrayar las notas precautorias de mis colegas de la Universidad Diego Portales al momento de difundir los resultados de la última encuesta UDP sobre la posible participación electoral en los comicios municipales (del orden de 8 millones de votantes), no obstante el optimismo aparente que se desprende de esa cifra. Se trata, en efecto, de una “proyección” optimista, porque 8 millones de electores equivalen a un abstencionismo importante, pero al final del camino normal en perspectiva comparada para comicios locales. Pero hay también prudencia en la encuesta UDP, ya que registra opiniones sobre eventuales conductas, en circunstancias que votar es antes que nada un comportamiento.

Nada de lo anterior frenará una definición del triunfo o de la derrota que tenderá a transformarse en sentido común, lo que significa que, de no mediar sorpresas sobre la magnitud del abstencionismo de los nuevos electores, será la oposición quien debiese ganar (y tal vez con holgura). Este eventual éxito, sin embargo, podría generar un efecto perverso relevante para esta misma oposición: consolidar un no innovar en materia de estrategia política (“chiquillos, sigamos así y ganamos igual, después vemos qué hacemos”), lo que podría traducirse en un programa político excesivamente moderado y prudente, ornándolo con leves modificaciones a ofertas pasadas que se inspiraban en la filosofía realista de un modo de gobernar “en la medida de lo posible”. De consolidarse esta posición en el PS y en el PDC, la coalición opositora no habría avanzado un ápice en su reinvención (ni menos en su refundación), además de demostrar sordera y ceguera ante la alteración de los límites de lo posible en la sociedad chilena, colocando en un enigma de sentido a la ex presidenta Bachelet.